NO OLVIDES DARLE CUERDA AL GATO

Adrián García Cholbi

Capítulo 1

NO OLVIDES DARLE CUERDA AL GATO

El 8 de octubre de 1888, Cian Walsh, de origen irlandés y de treinta y cinco años de edad, se encontraba sumamente atribulado y en extremo contrariado por la baja afluencia de visitantes que estaba recibiendo su, hasta hacía pocos meses, afamado circo de extraños, el Freak Circus del barrio de Whitechapel, en el East End de Londres. A pesar de que Whitechapel era un conjunto de calles marginales en el que los homicidios estaban a la orden del día, la fama otorgada por los diarios londinenses al que la prensa había acuñado el nombre de Jack el Destripador propició el miedo a pasear por el barrio que albergaba el circo. Sin ir más lejos, hacía ocho días que se habían hallado los cuerpos de dos prostitutas más, ambas con el cuello cortado, justo después de que la Central News Agency recibiera una carta escrita, supuestamente, por el autor de estos asesinatos, y las teorías sobre la identidad de quién estaba perpetrando estos crímenes se habían multiplicado.

Al señor Walsh le daba lo mismo quién se estuviera encargando de limpiar las calles de la inmundicia, pero le molestaba que todo este asunto estuviera perjudicando su negocio. Fue por este motivo que aquel lunes tuvo la idea de adquirir un nuevo reclamo para su espectáculo, algo que llamase tanto la atención que los habitantes de Londres ignorasen el terror que invadía sus corazones solo para ir a verlo. Se dijo que contrataría al menos diez pequeños dirigibles con carteles para que mostrasen desde el aire la nueva maravilla; la inversión era algo que siempre valía la pena cuando se trataba de bichos raros. Así pues, con la salida del sol se vistió con su chaleco marrón lleno de complementos mecánicos, sus botas negras y su sombrero de copa decorado con media docena de relojes y mandó preparar el coche.

Veinte minutos después le estaba esperando su carruaje personal a las puertas del circo, de una sola plaza, el cual no tenía ruedas sino que consistía en una cabina que flotaba gracias a un globo aerostático de color rojo con forma ovalada, y que estaba tirado por un corcel negro. James, el conductor, le saludó con respeto.

-Buenos días, señor Walsh. ¿A dónde desea que le lleve?
-Aún no lo sé. Pero conduzca despacio, ¿quiere? Me gustaría ser capaz de captar cualquier detalle que merezca mi atención en este barrio apestoso-

respondió Cian mientras se subía a la cabina y cerraba con un portazo.

Estuvieron recorriendo las calles durante toda la mañana. Incluso llegaron a salir de Whitechapel, y cuando esto sucedió el señor Walsh ordenó a su cochero que siguieran hacia el este, por Newham. Más tarde atravesaron Greenwich, al sur, hasta que, finalmente, algo llamó la atención de Walsh al oeste de este último distrito, concretamente en Lewisham, en una calle poco concurrida y cuando ya estaba a punto de tirar la toalla por ese día.

A través de la ventana de la cabina distinguió una tienda de animales, pero más allá de lo ordinario que esto pudiera parecer había un detalle que hacía a este establecimiento diferente a todos los demás.

El señor Walsh, llevado por la premura, ordenó a James que se detuviera inmediatamente y, después de tropezar, estuvo a punto de caer de bruces cuando intentaba poner los pies en tierra. Cuando consiguió recuperar cierta compostura, corrió los pocos metros que le separaban de la tienda y pegó su cara al escaparate. Sus ojos no podían alejarse de una jaula en la que había encerrado un pequeño gato, más concretamente un Azul Ruso. Esta raza era muy peculiar, ya que no había sido sino hasta el año 1880 que hizo su aparición en Inglaterra. Pero si esta hubiese sido la única característica especial del animal que tenía ante sus ojos, el señor Walsh no hubiera reaccionado de esta manera.

En el lomo del minino, casi a la altura del cuello, había lo que parecía un parche con unos diminutos engranajes y ruedas dentadas que giraban a toda velocidad, y en su costado izquierdo se apreciaba una corona, algo así como un botón dorado al que se le da vueltas para dar cuerda a ciertos objetos, como, por ejemplo, los relojes de bolsillo. Cómo había sido capaz el señor Walsh de observar estos detalles desde su carruaje en marcha, es un misterio; al principio había creído apreciar un pequeño destello que brillaba en el pelaje azul del gato, y al poco había visto ese movimiento circular e inquietante en el lomo. Sea como fuere, pensó que estaba de suerte. Además, desde pequeño le habían gustado los gatos. Siempre había querido tener uno. Adoraba a estos seres inteligentes y astutos, que dominan el mundo con su encanto y personalidad inigualable entre las especies domesticadas por el ser humano.

Por eso, con una mezcla de anhelo personal y de ambición empresarial, entró en la tienda de animales esperando que, tal y como él pensaba, los engranajes y la corona formasen parte de la anatomía del Azul Ruso y no unos simples complementos.
En el establecimiento no había clientes, quizás debido a lo próxima que

estaba la hora de comer. Así pues se acercó al mostrador. Le atendió un hombre bajito, al que apenas se le distinguía entre una multitud innumerable de cachivaches que adornaban su vestimenta. Cian ni siquiera aguardó a que el dependiente abriera la boca para saludarle, sino que, directamente, le expresó sus dudas:

-He visto el gato del escaparate, el que tiene algo raro en su pelaje. Imagino que será alguna especie de complemento; una idea brillante para atraer compradores, si le interesa mi opinión: a mí me ha atraído antes siquiera de que me diera cuenta.
-¿Se refiere al Azul Ruso?-el señor Walsh asintió con la cabeza-. No, no son complementos. Forman parte de su cuerpo. Es un misterio cómo un animal puede tener estas cosas, pero me lo vendieron en este estado hace menos de una semana, así que no puedo darle más información sobre su origen porque quien me lo trajo no quiso responder a casi ninguna de las preguntas que le hice.
-¿Cuánto tiempo tiene?
-No lo sé, pero yo diría que alrededor de un año. Tal vez menos.
-Antes ha dicho que quien se lo vendió no quiso responder a casi ninguna pregunta. ¿Cuál fue la pregunta a la que sí dio respuesta?
-Le pregunté si era necesario darle cuerda. Sí, lo sé, suena extraño, ¿verdad? Pero tuve que preguntárselo al ver la corona de su costado.
-¿Y qué le respondió?
-Me dijo que debía recordar hacerlo todos los días. Puso especial hincapié en esto, me lo repitió varias veces. No me dijo por qué. Hasta ahora me he limitado a seguir su consejo. Bueno, ¿le gusta? ¿Quiere llevárselo? Es un animal raro, y el precio es igual de especial que él.

El señor Walsh no añadió más. Le entregó una buena cantidad de libras y se marchó con el gato en una jaula, sin mediar palabras de despedida. Durante el trayecto de regreso le asaltó una duda, una idea que le hizo removerse en su asiento y que no se había planteado hasta ese momento. ¿Qué hacía comprando un gato cuando su espectáculo estaba integrado, exclusivamente, de monstruos humanos? No había animales en Freak Circus (por más que quienes allí vivían tuvieran bastante de animal). Recordó la extraña atracción que había sentido nada más verlo. A pesar de su amor por los gatos aquello había sido irracional, como si una fuerza ajena a su voluntad le hubiese arrastrado hasta él. Pero pronto olvidó esta cuestión inquietante, y no la recordaría hasta más adelante, cuando ya fue demasiado tarde.

Desde el primer día, Zar (así es como decidió llamarlo el señor Walsh en consonancia con el origen ruso de su raza) fue el amo y señor del circo. Ni qué decir tiene, que el señor Walsh amó al felino como para dejarle vía libre por las instalaciones y que incluso le permitía dormir en su cama. Eso

sí: de acuerdo con las palabras del dueño de la tienda de animales, todas las tardes le daba unas cuantas vueltas a la corona que tenía cerca de las costillas, y cada vez que lo hacía advertía cómo los engranajes del lomo giraban con fuerza renovada, como si el tiempo que pasaba entre darle cuerda una vez y otra aquellos extraños mecanismos se debilitaran. De este modo, el señor Walsh, preocupado por si algún día el gato se moría por culpa de una negligencia, tuvo mucho cuidado de darle cuerda todos los días.
Aun antes de que hubiera tiempo de colgar los carteles promocionales en las fachadas de los edificios, o de que Cian encontrase una decena de dirigibles idóneos para llamar la atención de la gente, el espectáculo de rarezas volvió a sus días dorados. El día de la presentación de Zar fue asombroso. Ésta tuvo lugar el sábado 13 de octubre. Aunque el dueño del circo tenía pensado esperar todavía unas cuantas semanas más hasta que se le ocurriera algún truco que enseñarle al felino, lo cierto es que el hecho de ver la carpa llena a rebosar le animó a adelantarse.

Fue al final del todo, después de que el enano saltimbanqui y el gigante de tres metros hiciesen su número habitual, que no era otra cosa que perseguirse el uno al otro hasta que el enano fingía estar agotado y se dejaba atrapar. El señor Walsh salió al escenario mientras todo el mundo aplaudía y la música llenaba el ambiente.

Cuando la música y la ovación cesaron, el señor Walsh se sacó del brazo a aquel gato singular. En cuanto lo vieron los allí presentes, que debían ser más de doscientos, irrumpieron en gritos de adoración y admiración, y aplaudieron de nuevo. Ni siquiera había tenido tiempo de decir una palabra; no había llegado a describirles al animal, ni a decirles que se trataba de una nueva adquisición para el espectáculo. Se encandilaron solo con verlo. El estrépito final vino cuando lo levantó en el aire, sosteniéndolo con dos brazos y las ruedas dentadas y los engranajes emitieron un destello a causa de los focos. La gente se volvió loca.

De repente un hombre de mediana edad saltó sobre el escenario y se abalanzó encima del señor Walsh. Entre gritos, lo tiró al suelo y trató de arrebatarle al gato. A pesar de su aparente debilidad, tuvieron que intervenir el gigante y el Señor Forzudo para quitárselo de encima. Por supuesto lo echaron del circo y el espectáculo terminó de forma precipitada, pero esa misma noche, mientras intentaba dormir, Cian Walsh no era capaz de dejar de sonreír porque intuía cuánto dinero recaudarían a partir de entonces. Zar no era un gato corriente. Despertaba un interés malsano en las personas. No sabía por qué, pero sabía que, si el circo se había llenado esa noche, había sido gracias al minino. No era algo que atendiese a razones, pero lo intuía, y a pesar del incidente ocurrido en el último momento no renunciaría a seguir

mostrándolo todos los sábados y domingos.

Y así lo hizo. Fiel a sus ideas, Zar volvió a ser la atracción más aplaudida al día siguiente y en los fines de semana venideros. El gigante y el Señor Forzudo se aseguraron de que nadie intentase subir al escenario, no fuera que otro loco intentase llevarse a la gallina de los huevos de oro.

Mientras tanto, fuera, los asesinatos a prostitutas se seguían sucediendo sin que la Policía Metropolitana de Londres (la conocida como Scotland Yard) pudiera hacer nada por atrapar al homicida. Habían entrevistado a más de trescientos sospechosos. Se había creado una comisión de ciudadanos para que patrullaran las calles. Y, sin embargo, Jack el Destripador seguía siendo escurridizo.

Pero esto ya no era un problema. Los ciudadanos londinenses, incluso aquellos que residían fuera de Whitechapel, acudían a Freak Circus sin cesar. Era una auténtica hemorragia de visitantes; había ocasiones en las que, de hecho, era necesario dejar las puertas que había en tres puntos distintos de la carpa abiertas de par en par para que la gente pudiera ver desde fuera. Nunca antes había habido tanto público. El señor Walsh no daba crédito. Era demasiado bonito para ser verdad.
Una tarde de febrero, ya entrado el año 1889, la Mujer Barbuda golpeó la puerta de la habitación de Cian. Éste se encontraba descansando. Tenía a Zar en el regazo y le acariciaba, mientras escuchaba sus musicales ronroneos. El señor Walsh se levantó con parsimonia y recibió a su peculiar empleada. Al parecer había un hombre que preguntaba por él. Habían intentado echarle, pero el desconocido había amenazado con decirle a la policía que Walsh era el hombre al que buscaban, el verdadero asesino de Whitechapel. El señor Walsh, asustado ante la posibilidad de que una mala publicidad arruinase su negocio que al fin iba viento en popa, aceptó ir a hablar con aquel majadero.

Lo encontró fuera, junto a la puerta principal.

-¿Se puede saber qué es lo que quiere, buen hombre?-le preguntó, con la voz cargada de ironía.
-Buenas tardes, señor. Lamento haber tenido que recurrir a una argucia tan infame para obligarle a recibirme, pero no he tenido otro remedio-mientras hablaba, aquel hombre, de tez pálida y ojos saltones, temblaba de pies a cabeza a pesar de que aquel no era un día especialmente frío-. Llevo viendo su espectáculo los últimos tres fines de semana, sábados y domingos por igual. Sin embargo no había logrado reunir el valor suficiente para dirigirme a usted hasta hoy. Sé que es jueves y que, por lo

tanto, no abren hoy.
-Haga el favor de ir al grano.
-Por supuesto, le ruego que me perdone. Mi nombre es August Brown. Fui el propietario de su gato, el Azul Ruso, antes que usted. No me interrumpa, sé que resulta difícil de creer y que, seguramente, pensará que intento hacerme con él de forma ilícita sin aportar ninguna prueba que corrobore mis palabras. Aun así le pido que, por favor, me escuche con atención. Yo fui quien vendí a… Zar, así es como le llama usted, ¿verdad?, al hombrecillo de la tienda de animales de Lewisham. Debió de ser un acto irresponsable por mi parte, pero por aquel entonces no encontré otra manera de deshacerme de él sin sufrir las consecuencias, ya que tampoco se le puede matar ni abandonar, sino que, para estar a salvo, uno tiene que asegurarse de que ha cambiado de dueño. ¡Le digo que no me interrumpa!-gritó al ver al señor Walsh abrir la boca para decir algo. Estaba cada vez más alterado conforme más hablaba-. Zar no es un gato. De nuevo, sé que no me creerá fácilmente, pero debe confiar en lo que le digo. Esas ruedas dentadas son, en verdad, un sello que impide que la entidad infernal que habita en ese cuerpo de felino salga al exterior. Fue culpa mía… Si no hubiese estado jugando con aquello que no domino, ahora… Intenté invocar a una de las deidades de las que hablan los antiguos libros de ocultismo, pero esta entidad de la que le hablo estuvo a punto de matarme. De hecho, acabó con toda mi familia antes de que consiguiera encerrarlo en el cuerpo de este gato. ¡Por eso tiene ese poder de atracción sobre la gente! No es una criatura de la naturaleza. La única forma de mantenerlo encerrado es no olvidarse de darle cuerda cada día. De lo contrario, si los engranajes se detienen… No quiero ni pensarlo.
-No sé de lo que me habla, pero puede estar tranquilo. Le doy cuerda todos los días. De hecho iba a hacerlo antes de que…
Walsh se puso pálido. Había olvidado darle cuerda el día anterior. Pero no había pasado nada.
-¿Qué ocurre? ¿Le ha dado cuerda o no?-le gritó August, pero el señor Walsh no respondió. En su lugar se escuchó un fuerte maullido proveniente del interior de la carpa.
Alarmados, los dos hombres entraron en el circo y corrieron hacia las estancias privadas. Lo que vieron fue dantesco. Todos los miembros del espectáculo de extraños estaban descuartizados en sus respectivas habitaciones. La Mujer Barbuda, al parecer, había sido la primera en morir, ya que encontraron su cuerpo en el dormitorio del señor Walsh. Pero el gato no estaba por ninguna parte.
-¡Debería haberle dado cuerda!-gritó August mientras agarraba a Walsh del cuello de la camisa y le zarandeaba-. Si por casualidad lográsemos matarlo, liberaríamos al ente que lleva dentro y sería el fin… ¡el fin de todos nosotros!

Volvieron a escuchar un maullido, esta vez justo detrás de ellos. Al darse la vuelta vieron a Zar. Se estaba lamiendo el pelaje azul para limpiarse las

manchas de sangre. El señor Walsh le susurró con la intención de que se calmase. Y fue cuando vio que los engranajes de su lomo no se movían en absoluto. Un segundo después, el gato le miró directamente a los ojos. Cian empujó a August sobre el animal y salió en estampida, huyendo por las calles mientras gritaba como un loco, y antes de salir del circo escuchó los gritos del infeliz al que había dejado atrás.

Nunca más se volvió a saber nada de Cian Walsh, aunque, de vez en cuando, un vagabundo sucio y con aspecto de loco, de los muchos que habitaban las marginales calles de Whitechapel por aquellos días, contaba, a quien estuviera dispuesto a escucharle, que conocía la verdadera identidad de Jack el Destripador, y advertía, a continuación, del peligro de los gatos azules. Pero nadie le hizo caso. Menos aún la policía. Porque, ¿quién va a hacer caso a un pobre chiflado?